EL FUTURO DE LOS PUEBLOS HISPÁNICOS

LOS ANTIGUOS solían atribuir a las estrellas el destino, ya sea individual o colectivo, de los seres humanos. Si algo nos ha enseñado la marcha del progreso es que no debemos buscar en los astros el porvenir, ni mucho menos tratar de adivinarlo con el auxilio de una de esas mágicas bolas de cristal de que se sirven las pitonisas de feria. Bien al contrario, el futuro está en nuestras manos. Ponge, el poeta francés, ha dicho que "el hombre es el porvenir del hombre". Y Jean-Paul Sartre, al citarlo, añade: "Este porvenir no está aún hecho, no está decidido; somos nosotros quienes lo haremos, cada uno de nuestros gestos contribuye a delinearlo." [1]

Así pues, la responsabilidad de modelar el futuro de nuestros pueblos nos corresponde por ley natural a nosotros mismos, a los que vivimos en los países hipánicos o nos interesamos por ellos.

Admitamos que los países de habla española, sin hallarse precisamente a la retaguardia del desarrollo del mundo actual, no ocupan el puesto de primera fila al que deben aspirar por razón de sus ricas tradiciones y de sus valores potenciales. Los problemas con que se encaran estos pueblos son de orden político, social, económico y cultural.

Dejemos lo político, lo social y lo económico a los expertos en esos campos. Pero permítansenos, aunque no sea más que de paso, algunas consideraciones generales sobre estas materias.

Las sociedades humanas parecen haber surgido para asegurar protección mutua a sus miembros y, a la vez, mejorar las condiciones materiales de su existencia.

En este sentido hemos de confesar que en las sociedades modernas, todo sistema que permite la acumulación disparatada de riquezas en unas cuantas manos a costa de las masas del pueblo es injusto, deja de cumplir su función social, se mantiene sólo por la fuerza y está condenado, tarde o temprano, a su desaparición.

En efecto, ¿cómo explicar que el hombre de las cavernas, campando por sus respetos, sin organización social digna de ese nombre, pudiera asegurar, aunque sólo fuera en forma mínima, el sustento de los

---

[1] Nelson & Oxenhandler, *Aspects of French Literature*. Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1961, p. 275.

suyos, y que hoy, a pesar de nuestro alto grado de civilización, presenciemos impotentes el triste espectáculo de masas humanas que mueren de inanición o que llevan la más precaria de las existencias?

Es precisamente el desenfrenado ritmo a que ha avanzado la técnica en los últimos cien años, sin un paralelo desarrollo de la organización económico-social, lo que ha creado un desequilibrio al que no sólo no hemos sabido darle solución, sino que parece empeorar de día en día en ciertas áreas de la tierra. Lo que el siglo pasado era lucha de clases, se ha ido convirtiendo en lucha de nacionalidades, lucha de razas, luchas ideológicas y aun luchas intestinas entre los componentes de un mismo grupo.

La solución clásica de los extremistas de todos los tiempos para los problemas sociales ha sido la revolución. Pero la revolución es sólo un medio desesperado impuesto por la necesidad de romper diques que impiden el progreso.

Mao Tse-tung ha dicho que "no puede haber construcción sin destrucción". Esto no deja de ser un sofisma que puede tener justificación tal vez en circunstancias extremas. En realidad, la misma naturaleza nos enseña constantemente cómo los animales o las plantas, antes de desaparecer, se hacen reemplazar mediante su simiente o su progenie.

¿Qué diríamos de la persona que para mejorar de casa destruyera aquélla en que habita y viviera a la intemperie mientras se construye la que tiene planeada? Hay muchas maneras de mejorar, para el individuo o para la sociedad, destruyendo lo inadecuado, sí, pero sólo a medida que se va reemplazando con soluciones mejores.

En fin, para referirnos al campo de las experiencias históricas, ¿en qué países se han logrado los mejores estándares económicos, los mayores avances sociales, las más extensas libertades individuales? No en aquellos sujetos a las más violentas convulsiones, sino en los de vida tranquila y ordenada como, por ejemplo, los países escandinavos o Suiza.

¿Y ha sido ello acaso resultado de alguna revolución sangrienta? No por cierto, sino producto de la actitud inteligente y resuelta del pueblo y de sus dirigentes, decididos a mejorar las bases económicas y los demás pilares en que descansan las relaciones humanas.

La revuelta callejera, el motín y la revolución acéfala son generalmente síntomas de falta de madurez. Así como el niño llora y patalea cuando no se le da gusto, así también el adulto inmaduro expresa su descontento en forma ruidosa y destructiva. La revolución no se puede justificar más que cuando las vías legales han sido cerradas, cuando una minoría opresora se incrusta en el Poder y deniega a la sociedad su derecho a la autodeterminación.

Un gran prohombre de esta nación azteca, el insigne Presidente Juárez, nos dio la única fórmula que debe regir todo intento de cooperación entre seres humanos, en una frase lapidaria bien conocida: "El respeto al derecho ajeno es la paz."

Como todo lo verdaderamente grande, esta fórmula se caracteriza por su sencillez. Pero precisamente lo más sencillo es lo que menos se practica hoy día, porque de la confusión y de lo abstruso viven una cantidad de mercaderes que se benefician de la situación y a quienes mejor podríamos llamar pescadores de río revuelto.

Sin respeto a los demás no hay paz, y sin paz no hay libertad, puesto que para ser libres necesitamos como mínimo que se nos respeten nuestros propios derechos, y mal podemos aspirar a ello si empezamos por faltar nosotros mismos a esta premisa. Y sin libertad no puede haber prosperidad, ni justicia social y económica, ya que la falta de libertad conduce necesariamente a la perpetuación del abuso, del privilegio y de la ilegalidad.

En su "Carta de Jamaica" decía Bolívar: "Yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria." Y al formular tal deseo él admitía que las diversas regiones geográficas de la América hispana habrían de tener diferentes formas de gobierno, con lo cual parecía prever la posibilidad de una fuerte unidad dentro de la diversidad.

Esto, en efecto, no es tan absurdo como pudiera parecer a simple vista, porque lo que importa es que nos unamos en aquello que verdaderamente cuenta para el desarrollo de nuestra cultura y de nuestro bienestar.

Ya vemos hoy día los progresos realizados en Europa por el Mercado Común, que ha traído prosperidad a los países que lo integran y, de rechazo, aun a los periféricos. Para ello no ha sido necesario abandonar tradiciones, ni formas de gobierno, ni creencias religiosas, ni soberanías, ni ninguno de los símbolos nacionales o individuales, que suele ser lo que más calurosamente defienden los pueblos.

Ahora bien, si el nivel económico de los europeos ha mejorado en países que tienen tan viejos antagonismos y barreras tan difíciles de franquear en todos los órdenes humanos, ¿qué no lograríamos nosotros, que ya empezamos por poseer tanto en común?

Sin problemas de lenguas ni de razas que confrontar, estamos por ese solo hecho a mitad de camino en la vía de un mejoramiento cultural y económico que levante a nuestros pueblos. Es fácil entrever en el futuro, como lo hacía Bolívar, un grupo de países hermanados

por una lengua y una tradición comunes, que respeten mutuamente la respectiva forma política que cada cual haya podido adoptar según el deseo de sus masas de población, pero que se entreayuden en la organización de su sistema económico y en sus intercambios culturales.

Para lograrlo tendremos ante todo que cambiar de actitud individual y colectiva. Volvernos un poco más altruistas.

Vivimos en unos tiempos en que grandes y pequeños claman por sus derechos. Esta obsesión por pedir antes que ofrecer ha llegado a adquirir proporciones epidémicas y es causa del mal entendimiento de las naciones y aun de los individuos dentro de sus propios países. Así lo percibía el malogrado Presidente Kennedy cuando advertía a sus conciudadanos: "No digan ustedes ¿qué puede hacer mi país por mí? Digan más bien ¿qué puedo hacer yo por mi país?"

He aquí, en las palabras anteriores, otro ejemplo de lógica, aplastante por lo sencilla. Es natural que si todos hacemos algo por nuestro respectivo país, nuestros propios conciudadanos recibirán el fruto de nuestro esfuerzo y, en definitiva, seremos nosotros mismos quienes nos beneficiaremos mutuamente de nuestra propia labor.

Pero bueno está ya de hablar de problemas políticos, sociales y económicos. Aunque todo va ligado en la esfera de las relaciones humanas, hemos de suponer que a nosotros nos concierne más primordialmente lo relativo a las actividades culturales, y de éstas destaco dos en particular: las referentes a la lingüística y a la historia.

La herencia cultural que nos es común está cimentada con la argamasa de nuestro hermoso idioma. Para que el edificio que nuestros pueblos y nuestros hombres de letras construyeron no se resquebraje debemos velar por la unidad de nuestra lengua. Y adviértase que al decir unidad no quiero decir congelación. Eso sería ponernos junto a los puristas que se escandalizan de toda forma nueva o que no sea de recio abolengo castellano, lo cual es tan absurdo como querer detener la marcha del tiempo.

Si el purismo consiste en fosilizar el idioma, haciéndole perder su flexibilidad y estancando su desarrollo, ¡abajo el purismo! Bueno está que nos sintamos orgullosos de lo que los artífices del idioma han producido, de las obras que exaltan las virtudes de nuestros pueblos, que señalan nuestras aspiraciones y que guían nuestros anhelos.

Pero la lengua, por sí misma, no es más que un instrumento de comunicación que hay que agudizar y perfeccionar continuamente. No olvidemos que si hoy hablamos español, portugués, francés o italiano, por no citar otros idiomas, es porque nuestros antepasados no fueron lo bastante cultos para conservar incólume el latín que habían here-

dado de sus padres. Y esto no puede ser motivo de orgullo para nosotros.

Precisamente para que no suceda lo propio con nuestro lenguaje actual, y por la cuenta que nos tiene a todos mantenernos en comunicación con el mayor número posible de nuestros semejantes, es por lo que debemos vigilar cuidadosamente la aparición de neologismos, rechazando aquellos que no tengan justificación, pero también asimilando y extendiendo uniformemente el uso de los que signifiquen una aportación positiva al caudal de nuestros medios de expresión.

Pero para ello debemos despojarnos ante todo de cualquier torpe nacionalismo, de cualquier vanidad regionalista que se oponga a la unificación de la lengua.

Hay en mi país de origen, España, espíritus de estrecha mentalidad que se horrorizan ante cualquier forma nueva que no sea lo que ellos conocen. Ya comprendo que sería inútil, pongo por caso, pretender que los castellanos abandonen la fonía de la c y la z, aunque una buena parte de los españoles y todos los hispanoamericanos dicen *se* y *seta*. Esta reluctancia se reconoce y se justifica. Es como si quisiéramos que los mexicanos adoptaran en su habla el acento cubano.

Pero veamos otros problemas que, a mi juicio, no tienen tanta justificación. En algunos países del Caribe se dice *parquear* un vehículo; en España, *aparcar*. Las dos formas tienen abolengo gramatical, pues parquear se deriva de parque, de igual modo que telefonear se deriva de teléfono; y aparcar, a su vez, tiene el mismo derecho a la existencia que aconsejar, de consejo, o acostumbrar, de costumbre. Sin embargo, cuánto mejor sería adoptar una sola forma. En México se usa una palabra muy castiza y hermosa que no es ni aparcar ni parquear. Me refiero a la palabra estacionar.

Mayor confusión existe con palabras como azafata, aeromoza u hostess para designar a la simple camarera de avión. ¿A qué puede conducir esta variedad? Simplemente a un distanciamiento lingüístico y, por lo tanto, cultural, que puede convertirnos en extraños en unos cuantos siglos.

Nuestros padres no podían evitar ese aislamiento; sus medios de comunicación eran lentos e ineficaces. Nosotros sí podemos y debemos evitarlo. La radio y la televisión llevan las voces de las personas más prominentes a todos los ámbitos del mundo hispánico. Las películas nos traen las entonaciones de nuestros grandes artistas; los periódicos, libros y revistas circulan desde los Pirineos hasta los Andes, y desde el río Bravo hasta la Patagonia, conduciendo la clara palabra de nues-

tros escritores a todos los confines de la hispanidad. ¿Quién puede querer la destrucción o deformación de este bello tesoro?

Pero poniendo aparte las diferencias de lenguaje, hay otro elemento más sutil y de efectos más desastrosos en lo que se refiere al mantenimiento de nuestra unidad espiritual. Me refiero al papel de la historia.

La historia suele enseñarse en nuestras escuelas como si el mundo se compusiera de un conjunto de razas malvadas, confabuladas para atacar y destruir a nuestros respectivos pueblos que son, invariablemente, heroicos e inmaculados.

Creo que si hemos de adoptar una actitud madura es hora de releer, reinterpretar y aun reconstruir los textos escolares de historia.

Después de todo, es un principio de Ética que cada persona hace lo que juzga mejor para ella en cada momento de su existencia. Y así, hasta el suicida cumple con este precepto, ya que al quitarse la vida realiza lo que en su desesperación le parece ser salida única o preferible a sus problemas.

Si aplicamos este razonamiento a la historia habremos de admitir que cada acto considerado hoy como perversidad de un pueblo contra otro estaba plenamente justificado a los ojos del culpable. Felipe II, por ejemplo, creía ser el brazo de Dios cuando envió a la Armada Invencible contra los herejes ingleses.

Si nosotros hubiéramos alcanzado un grado de perfeccionamiento moral que nos pusiera al abrigo de toda sospecha, tal vez estaríamos capacitados para pronunciarnos a favor o en contra de ciertos hechos históricos; pero cuando —como acertada y pintorescamente nos explica Araquistáin en su ensayo titulado "La superioridad de las razas"— todos nos palpamos la cabeza antes de pronunciarnos en favor de los braquicéfalos o de los dolicocéfalos, está claro que la única actitud ecuánime y positiva que debiéramos adoptar es la de registrar los hechos históricos con la misma calma y frialdad con que un investigador observa y analiza en su microscopio o en su tubo de ensayo un proceso biológico o químico.

Ya sé que esto es pedirle peras al olmo puesto que somos, y no podemos dejar de ser, humanos. Pero nos beneficiaría adoptar esta actitud, por lo menos como un ideal, como uno de esos ideales de perfección cristiana que admiramos, pero que nunca alcanzaremos plenamente.

En todo caso, lo indispensable es que dejemos de instigar odios y pasiones violentas en las mentes tiernas de nuestros educandos, pasiones y odios que los convierten desde la infancia en enemigos implacables

de sus semejantes y aun de sus hermanos. ¿De qué sirve, por ejemplo, que a los párvulos españoles se les hable de las maldades de Napoleón y de sus ejércitos en España? ¿Debemos proclamar odio eterno a los franceses, nuestros vecinos, porque un general ambicioso movido por ciertas circunstancias históricas sacudiera a los españoles del letargo medieval en que se hallaban? ¿Por qué no hablamos más bien de los beneficios científicos y del estímulo intelectual que hemos recibido de ellos, de su cooperación en la Reconquista, de la labor de los grandes hispanistas galos, de hombres como Mérimée o Víctor Hugo que vivieron en España y la amaron?

Aun más absurda es la actitud de esos historiadores de primer grado que hablan de la heroicidad de los primitivos hispanos frente a las crueldades romanas. Quienes así se expresan son precisamente los descendientes de esos mismos romanos que les dieron el ser, la lengua de la que derivaron la suya y hasta los principios éticos a que aluden.

Como lo preconizaba el maestro Andrés Bello, la historia es de incalculable valor para aprender, para aprovechar experiencias pasadas y para proceder a una labor constructiva sin repetir errores. Pero cuando la historia la manipulan los demagogos para avivar odios adormecidos, para adular el orgullo de raza o para reclamar derechos prescritos, ¡más nos valiera quemar todos los textos de historia habidos y por haber!

¡Cuántos pueblos han padecido y padecen aun hoy porque hace uno o veinte siglos tal o cual iniquidad fue perpetrada por los antecesores de esta raza o de la otra!

Y ¿qué derecho tiene nadie —me pregunto yo— a exigirnos cuentas por lo que hicieron nuestros antepasados o qué derecho tenemos nosotros a reclamar privilegios de que gozaron nuestros abuelos?

Todo ser humano tiene un derecho natural a la tierra donde ha nacido, junto con las obligaciones que este derecho lleva aparejadas. Pero si a un hijo no podemos llevarlo ante los tribunales por los delitos cometidos por sus padres, ¿cómo podemos perseguir y avasallar o simplemente odiar a razas enteras por lo que hicieron sus remotos parientes?

No quiero extenderme sobre estas consideraciones, que nos llevarían tal vez muy lejos, pero sí voy a referirme al caso específico de nuestras relaciones entre los pueblos hispanoamericanos.

Todavía existen ignorantes o demagogos que resienten la presencia de España en América y llevan este resentimiento hasta el punto de expresarlo en forma abierta contra los españoles de la generación actual.

Ésta es, a mi modo de ver, una actitud negativa e irresponsable

porque, volviendo a mi tesis, ningún español de hoy puede ser acusado de las iniquidades atribuibles a hombres de otros tiempos.

Además, junto a los crímenes cometidos por unos hay que echar en la balanza los beneficios aportados por otros. Sin España, no existirían hoy en América ni las naciones que integran este continente, ni la mayoría de los individuos que formulan esas críticas y, por lo tanto, tan injustfiicado está que el descendiente de españoles (aunque sólo lo sea en ínfima parte) critique a sus abuelos, como el que los alabe hasta el punto de identificarse con ellos, tal cual si a él correspondiera el mérito entero de las acciones de aquéllos.

Nuestros problemas no son del pasado. Volver los ojos al pasado, como no sea para deducir enseñanzas provechosas, es inútil y contraproducente. Nuestros problemas son actuales y nuestra responsabilidad hacia las generaciones futuras muy clara y decisiva: De lo que hagamos hoy depende lo que será la América del mañana. Ahí es donde debemos concentrar nuestros esfuerzos.

LUIS LOZANO

Universidad de Guelph
Ontario. Canadá